LA ANTORCHA

Año VII - Num. 234
Febrero 18 de 1927

REDACCION — ADMINISTRACION — TALLERES
RIOJA 1689, Buenos Aires, R. Argentina
TELEFONO: U. T. 61 - CORRALES 1158

TODA CORRESPONDENCIA a SIMPLICIO DE LA FUENTE
Subscripción Trimestral $ 1.20
Número suelto 0.10 centavos

República Policiaca

No hay cosa tan cruel como el miedo, y más aún cuando tiene el miedo las armas en la mano, afirmaba Barret ante los gobernantes paraguayos, poseídos de brutal pavor por la virilidad de unas escasas voces libres. También en la Argentina ha entrado el miedo en las alturas del poder, y el pavor cobarde ha puesto en manos de los gobernantes argentinos armas de ignominia e impotencia. Es el torpe terror que pasó a ocupar el primer lugar en sus preocupaciones de gobierno, y los viene dominando con todos los bajos procederes de la infamia gubernamental que se siente desarmada ante el gesto responsable de unos hombres que en la persecución afrontan la barbarie y no se entregan pasivamente al martirio y la ofensa de los sicarios. Esto descomponerta a los gobernantes, que así tienen la sensación de lo frágil de sus medidas de represión, los que ante la inseguridad de la eficacia de su barbarie, recurren desesperadamente a la detención en masa de obreros, al asalto de industrias y viviendas proletarias, llevados por la infame suposición de que al invadir los hogares de los propagandistas, aterrorizarán con sus violencias a las mujeres y los niños, víctimas propicias del inquisitorial metodismo policial argentino.

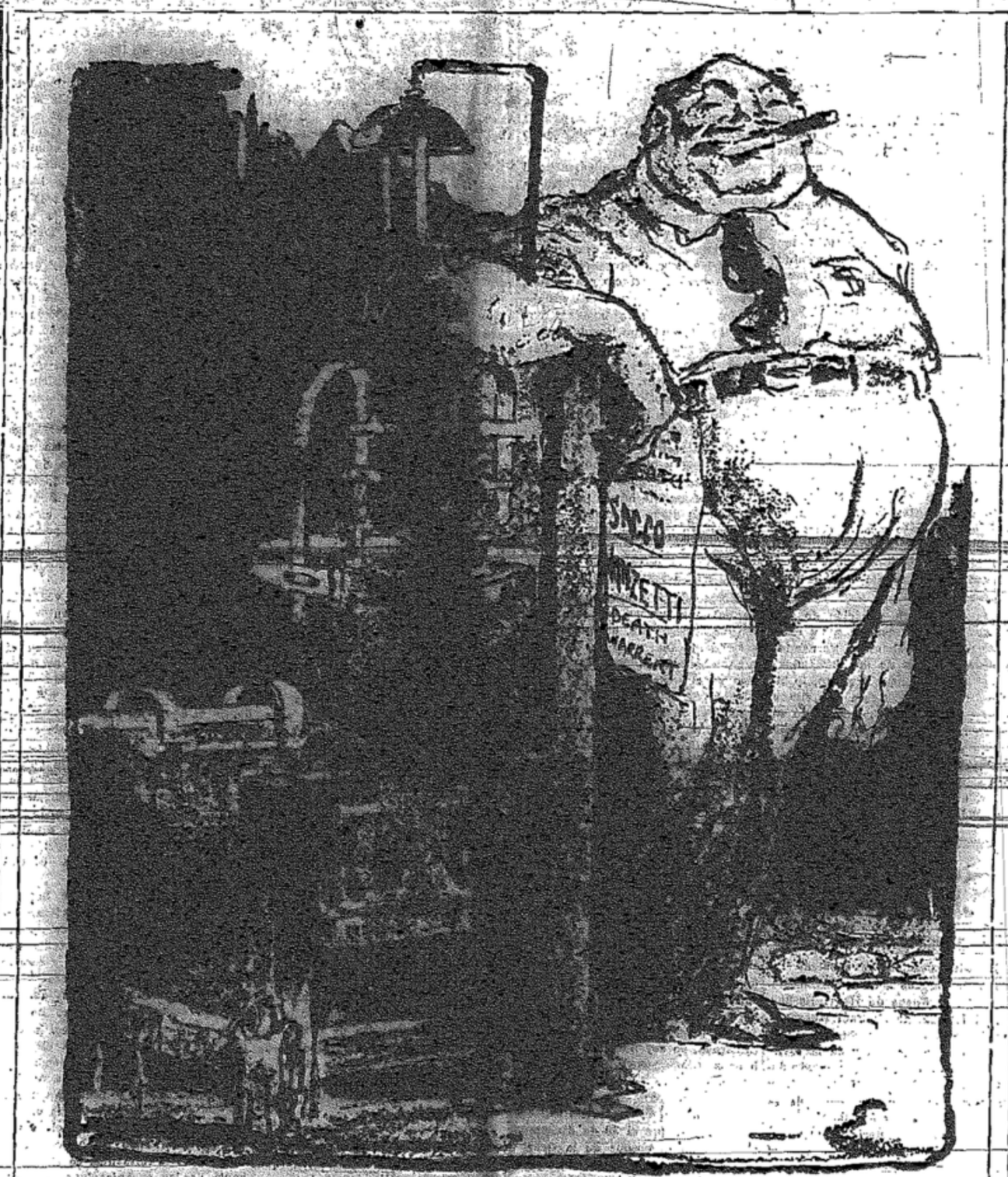
Existe miedo en las alturas, el miedo torvo que dicta la crueldad del terror en los potentados, que echa desesperadamente mano de la persecución y las abominables torturas para ahogar la fuerza expansiva de las ideas y preservarse de la formidable acusación moral de los que están en el martirio, desarmados e indefensos. Nada igual al miedo en las alturas; y más si éste se siente débil ante el general sentimiento de justicia. Entonces sólo cifra en la barbarie el supremo argumento, y despeña su infamia hasta lo más hondo.

Y todo esto, para qué? No hemos de caer en la ingenuidad de creer que así pensará la policía argentina obtener éxito en sus tan decantadas pesquisas, llevadas las más de las veces por el más rotundo de los fracasos. Primo más que eso el odio, la impotencia, el miedo que levantan en sus torvos espíritus los torturados por sus sicarios. Ellos, los obreros, brutalmente martirizados en investigaciones, constituyen la viva acusación que gana cuerpo entre los trabajadores, y de la que no podrán desvincularse los policontes argentinos, dominados por el terror, entre el miedo en las esferas del gobierno, que sólo atina a pegar, torturar, castigar cuerpos obreros. Con las armas en la mano, la policía argentina sólo sabe del abuso, y en el abuso encuentra su única norma de existencia.

No busquemos, por lo tanto, que los sicarios rectifiquen sus procedimientos de barbarie. Ellos son los ciudadanos obligados de una república policiaca. La institución policial regula las pulsaciones del país, bajo su control están los llamados poderes republicanos. Un sicario, un vulgar policía, acostumbrado a la coima y el chantage, asume y regimenta, a su satisfacción y placer, bajo una estructura dictadura, todas las manifestaciones de la vida civil argentina, aún dentro de la capital federal. Es el "señor Santiago", para quien no existe razón ni conciencia civil en la Argentina y a su omnipotencia deben estar sometidos todos los habitantes: la más alta autoridad del régimen republicano, el polizonte que se ha ganado la confianza de los capitalistas.

Una república policiaca, eso es la Argentina. Su primer mandatario es el general polizonte Santiago. Un gobierno que condivide el miedo y la cerrada cerval de los argentinos honrados, sólo atentos a infamar al humano y venderse a los poderosos.

Aquí, aunque el tener que abrirse camino a través de tanto lodo



Aguardaremos, acaso, a que Sacco y Vanzetti ocupen la silla eléctrica y pueda así colmarse la cínica satisfación del juez Thayer con el sacrificio de dos inocentes?

Conciencia y Coraje

Existe una indudable falta de emoción en los medios militantes del movimiento revolucionario actual. Falta emoción para el ardor de la pelea, para el intenso placer del riesgo. Ella está muerta hasta para la noble empresa del pensamiento insurgente, que cifra su fuerza en lo romántico y virtual de la audacia. Con la emoción muerta, el viejo lirismo anarquista se pierde y sólo nos es dado tener conciencia de lo que va quedando atrás: el coraje, sin el cual la conciencia es algo inanimado, sin virtualidad ni audacia.

Falta emoción, que es tanto como si estuviéramos faltos del verdadero resplandor de la conciencia y la voluntad del coraje Cuando la violencia de arriba nos golpea recíamente en la calle, abatiéndose sobre nosotros la barbarie policiaca, torturando a los presos, apaleando en nuestras filas a los mejores, comprobamos con dura y amarga experiencia que la conciencia es cosa inerte, que nada concluye si no existe el motor firme y viril del coraje. Es entonces, cuando vuelve a nosotros la urgencia de la vieja emoción rebelde a las almas revolucionarias. Sin virtud emotiva, sin firmeza heroica, vemos como el abuso se perpetúa sin el necesario gesto de vindicación de abajo, y como la corrosiva indiferencia mina las energías del espíritu revolucionario. No hay un gesto, no hay una voluntad que se conmueva, sobran "conciencias" estúpida y reflexivamente convencidas de su impermeabilidad y faltan aquellas emocionadas y conmovidas por la injusticia vista y manifiesta, por el macabro espectáculo de las torturas, por la sensación que ofrece un movimiento ausente a la emoción revolucionaria, imposibilitado de fundirse en una sola llama quemante cuando la más brutal y sorda de las represiones cae sobre aquellos obreros que han sabido mantener en alto su vindicadora conciencia de rebeldes.

¡Cómo lamentamos entonces el ausente aliento de la vieja emoción revolucionaria! Estamos faltos de coraje, de lo verdaderamente embellecedor de nuestra conciencia, de fuerza emotiva, y a pesar de lamentarlo ningún esfuerzo realizamos en el sentido de llegarnos a las viejas fuentes de la emoción anarquista, de saludables aguas. Hubo emoción, pongamos por caso, en el obrero aquel que desechó el peligro y el riesgo, la burla y la ofensa, para gritar ante la multitud fanatizada y cobarde la inocencia de Sacco y Vanzetti en la plaza pública, cuando una simple orden policiaca impide al anarquismo el más mínimo derecho para realizar sus propagandas.

¿Cómo volver a ella? ¿Cómo hacerla resplandecer nuevamente en nuestras almas? La emoción de ayer nos dió fuerza y arraigo, fundó respectos, hizo que el anarquismo constituyera ante propios y extraños una verdadera conciencia social. Carecemos de emoción porque estamos faltos de una conciencia suficientemente sensible; y el coraje alerta. Tomemos ejemplo de los pocos que luchan "y la energía perdida por una estúpida cobardía mental volverá a nosotros, desechando el torpe practicismo ambiente de los unos y la negadora conformidad mentalista de los otros.

ASCASO, DURRUTI Y JOVER

La extradición de Ascaso, Durruti y Jover está dando lugar en Francia, sobre todo en París a demostraciones no esperadas por los gobernantes franceses, que tan solícitos fueron en otorgar una extradición que debía ser resistida esforzadamente por los revolucionarios, ya que en ella se manifestaban claramente los propósitos represivos de los gobiernos de Francia, España y la Argentina, entrada por último en la vergonzosa combinación de la reacción europea. Después del fracasado atentado al rey de España, detenidos Ascaso, Durruti y Jover por la policía francesa, se vió instantáneamente que la primer detención de carácter puramente judicial por portación de armas y tenencia de pasaportes falsos, se trasformaba en todo un proceso a la condición revolucionaria de los camaradas españoles. España, por intermedio de sus representantes diplomáticos en Francia, de su embajada y los polizontes que tiene destacados para la persecución y la provocación en los medios revolucionarios españoles en París, trató de inmediato de forzar todas las situaciones en perjuicio de Ascaso, Durruti y Jover, cuyas actividades revolucionarias constituían una constante pesadilla para la dictadura y la continua represión que contra los trabajadores españoles viene llevando Primo de Rivera. No pudiendo ser España quien planteara la extradición de los obreros españoles, porque así bien claramente se ponía de manifiesto el plan y la combinación de las cancillerías española y francesa, entró en el plan gubernamental el gobierno y la policía argentina, en especial esta última, que así intentaba resarcirse de sus continuos fracasos, culpando a Ascaso, Durruti y Jover de reclamantes, hechos de carácter común cometidos en la Argentina. El plan hábilmente preparado, tenía por parte del gobierno español todos los auspicios, ya que así se le presentaba fácil la entrega de esos obreros por las leyes de extradición vigentes entre España y la Argentina.

Para ello las tan sobradas pruebas de culpabilidad no eran necesarias, cuando la última represión de Martínez Anido, Ascaso, Durruti y Jover, conjuntamente con un decidido y férido grupo de revolucionarios, mantuvieron con indoblegable pasión rebelde las últimas trincheras del anarquismo en la península. Los gobernantes españoles bien los conocían, y más aún los temían. Prófugos por último de la tiranía española, esta tuvo buen cuidado de vigilarlos a través de su exilio. Pero los ex-combatientes del grupo "LOS SOLIDARIOS" no descansaban ni se daban reposo en su viva labor de intentar la revolución en España. La policía española, a pesar de todos sus esfuerzos, no lograba dar con ellos. Urdió entonces la última tentativa, e inventó acerca de ellos la leyenda de la delincuencia común, esperando así lograr su encarcelación, fuere en el país que fuere y donde se encontrasen...

Envió fichas personales a todo el mundo, con preferencia los países sudamericanos, donde suponían que se habían dirigido. Ocurrieron entonces hechos de índole común en varios países de América, Chile y la Argentina. La policía española sugirió a las policías de estos países la infamia de que Ascaso, Durruti y Jover muy bien podían ser los autores de esos hechos. Y la policía argentina, frente a esa oportunidad de actuación, ordenó de inmediato sus planes, al tener noticias de la detención de Ascaso y los demás camaradas españoles en París. Solicitó de inmediato la extradición, no contando acaso, que se trataba de anarquistas y revolucionarios, por quienes estaría vigilante la atención de los trabajadores y revolucionarios de Europa y América.

Primero Francia, con la formidable agitación llevada a cabo en París, donde se unió en una sola voluntad de condenación y protesta toda la izquierda francesa; grandes demostraciones, resoluciones y acuerdos para impedir la entrega de esos tres revolucionarios a las torturas de la policía argentina primero y la inevitable a la española más tarde. Intervención de intelectuales en la defensa, de hombres de la política y la intelectualidad francesa, en fin, todo un movimiento de profundo carácter popular. Luego el alerta dado en la Argentina y la inmediata agitación creada y formalizada en todo el país por los anarquistas, agitación ampliamente discutida en su fuerza y su carácter de defensa del anarquismo de los avances de la reacción.

No esperó esto, sin duda alguna, Francia, España y la Argentina, unidas en un solo propósito de brutal reacción en contra del anarquismo. La agitación dió pruebas de energía